

un falso profeta, acusaciones presentes en el relato de la pasión. Resalta la crítica de Jesús al Templo, como un factor muy detonante. Posteriormente, el Sanedrín se las arregló para conseguir una condena de Pilato, buscando un fundamento con componente político, al que Pilato pudiera ser sensible. Lo encontró en la pretensión mesiánica de Jesús, también rechazada por el sumo sacerdote. Pilato habría conducido un proceso en regla según el reglamento propio de las provincias procuratorianas (*cognitio extra ordinem*). Inducido por los sumos sacerdotes, la muchedumbre y el silencio de Jesús, Pilato le juzgó culpable y condenó a recibir la flagelación y la muerte en cruz. La extenuación física habría impedido que Jesús pronunciara cualquier palabra en la cruz. Las que encontramos serían todas construcciones teológicas de los evangelistas, que leen la vida de Jesús como cumplimiento del plan de Dios.

El capítulo cuarto informa sobre tiempos y lugares (75-78) mencionados en el relato. Finalmente, en la conclusión (79-88) recoge los aspectos fundamentales de la teología de la resurrección. En apéndices se ofrece el final del *Evangelio de Lucas* (22,1-24,53) y el *Evangelio de Pedro* (1-60). Cierra el libro una bibliografía ordenada cronológicamente (113-121), muy útil para el estudioso; un índice de citas bíblicas (123-127), autores antiguos (129-131) y modernos (133-134).

Dentro de los estudios históricos sobre Jesús muchos aspectos siguen siendo discutidos por los especialistas. En un libro de divulgación no cabe el lugar para las discusiones detalladas. Lo que se puede pedir a un exegeta creyente es que la reconstrucción, siendo honesta, sea también coherente y congruente con la fe. La de Bovon lo es en muchos aspectos, incorporando incluso la proclamación de la resurrección, que se sale fuera del ámbito de lo históricamente verificable. Sorprende la contundencia con la que liquida toda posible historicidad de las palabras de Jesús en la cruz.—
GABINO URÍBARRI, S.J.

BARRETT, CHARLES KINGSLEY, *El evangelio según san Juan* (Ediciones Cristiandad, Madrid, 2003), 977p., ISBN: 84-705-7445-0

La obra que presentamos es ya un clásico en la bibliografía sobre San Juan. La primera edición (original inglés) apareció en 1955. En la edición inglesa de 1976 el autor enriqueció la obra con 100 páginas más, sin cambios sorprendentes, pero añadiendo referencias a Qumrán e incorporando elementos de los sinópticos y ampliando los temas teológicos. La aparición de este comentario ahora en castellano siguiendo la edición inglesa revisada y ampliada por el autor en 1978, es sin duda un acontecimiento editorial. La sustancia de esta obra tiene un valor permanente. El concienzudo análisis del texto griego y la referencia a las fuentes hebreas, arameas, griegas y de la literatura judía son una ayuda imprescindible.

En la *Introducción general* se tratan con toda detención las cuestiones principales. Estudia el dilema de alegoría o historia (p.25). En cuanto a las fuentes del Evangelio, según Barrett (p.46), Juan conoció a Marcos. En relación a la posible fuente de los signos que algunos autores señalan en Juan, Barrett opina que el texto, tal y como lo tenemos, no autoriza a distinguir entre lo que proviene de la fuente y lo que correspondería al trabajo redaccional. Según el mismo autor, no hay argumentos para una fuente de los discursos y es dudoso que la fuente Q haya existido realmente (p.47, nota 17).

Respecto a la explicación del nacimiento del Evangelio en la Comunidad cristiana, nuestro autor (p.55) trae una afirmación interesante: Primero habría tenido lugar el relato de un hecho o palabra de Jesús que es comentado en una Homilía y posteriormente habría que contar con un autor que lo unifica todo. A este propósito trata de la obra del Redactor (p.53); rechaza las teorías de la redacción eclesial propuestas por Bultmann, especialmente para la segunda parte del Discurso del Pan de vida; rechaza asimismo la explicación de los desplazamientos (p.55). Con este motivo se ocupa (p.62-63; cf. 112-115; 445) de la escatología joánica y de la expresión acerca de la resurrección «en el último día» (Jn 6,39ss; 11,24-25). Su opinión acerca de «posesión en el presente y esperanza en el futuro» es una forma de responder a Bultmann pero quizá no tiene en cuenta suficientemente la carga apocalíptica de la expresión «en el último día», tal y como la entiende el conjunto del Nuevo Testamento.

En cuanto al medio joánico, estudia la relación de Juan y el judaísmo rabínico (p.64). Asimismo se ocupa de la relación de Juan con Filón y con el gnosticismo (p.71-75). Barrett trata acertadamente el tema de la «preexistencia» (p.91) y subraya la exclusión del riesgo de aplicar al relato del Bautismo de Jesús en Marcos un esquema adopcionista. En cuanto a la divinidad de Cristo la defiende explícitamente (p.93). A propósito de ello sin embargo discrepamos de su opinión de que «los evangelios sinópticos jamás definen la personalidad de Jesús en términos de divinidad, sino en relación con su ministerio o con el Reino de Dios» (p.93). Una cosa son las definiciones explícitas, imposibles en un determinado contexto judío, y otra las múltiples formas de expresar la divinidad de Jesús mediante procedimientos derásicos (véase Mt 18,20).

Barrett aborda el tema de la historicidad del 4.º Evangelio (91-93). El autor estudia detenidamente la relación entre el 4.º Evangelio y la Primera Carta de San Juan (p.100-103). Su opinión es seria. Añadamos que, a nuestro parecer, el autor de la Carta podría haber utilizado la tradición joánica existente ya antes de la última redacción del Evangelio. Estudia a continuación la relación entre Evangelio y Apocalipsis (p.103-104). A este propósito trata la cuestión de la Escuela de Juan (p.104). Es interesante el contraste que apunta entre esta hipótesis y la teoría de la Redacción eclesial (para las secciones apocalípticas en el Evangelio).

Tratando de los efectos de la obra de Juan, señala Barrett (p.109) lo que pensaba en la primera edición sobre la influencia de Juan y lo que han aportado los descubrimientos de Nag-Hammadi. Por ello parece un tanto contradictoria la frase de la p.104, «la influencia de Juan sobre el pensamiento de la primera mitad del siglo II d.C., es tarea fácil porque en realidad fue inexistente». A nuestro parecer, si de hecho la obra fue tan importante para el primer gnosticismo que la tomó como enseña aunque manipulándola y disfigurándola, no se puede decir que la obra no haya tenido influencia. De hecho, tanto Justino como sobre todo Ireneo acuden a la doctrina del Logos del Prólogo del cuarto evangelio para formular la afirmación sobre la preexistencia, la Encarnación y la divinidad del Logos). De esa manera podemos decir que el Evangelio influye decisivamente en los comienzos de la teología cristiana. En cuanto a los ingredientes que influyeron en el cuarto evangelio es interesante la observación de Barrett acerca de los elementos dualistas que ciertamente están presentes en esta obra, pero sin que llegaran al resultado de un auténtico gnosticismo, mientras que estos mismos elementos cuajaron en otros casos en verdaderos escritos gnósticos.

De la autoría del Evangelio y de la estancia de la Comunidad joánica en Éfeso se expresa con mucha ponderación y explica cómo piensa él que se podría explicar la relación con Juan el hijo de Zebedeo (p.202ss).

En el cuerpo de la obra el autor da, al comienzo de cada sección, el sentido de conjunto de la perícopa y a continuación recorre verso por verso las expresiones griegas principales y aclara su sentido. Esta manera de hacer exégesis más que un comentario es una ayuda, ciertamente valiosísima, a la inteligencia de algunas expresiones del texto. Sin duda alguna esta forma de afrontar el sentido de cada sección sin analizar todo el texto, sino solo profundizando en algunos términos tiene sus inconvenientes, tanto en el caso de un relato como de un discurso, puesto que no se hace exégesis del conjunto del texto griego. El autor lo resuelve con la visión de conjunto al comienzo de cada perícopa pero esta visión de conjunto inicial carece todavía de la explicación de los términos que se da después en las Notas. Por ello, en realidad, este comentario, aunque imprescindible, tiene que completarse con otros en que se explique la forma literaria, la estructura del relato o del discurso, la dimensión teológica, etc.

En cuanto a las tomas de posición del autor en la introducción y en el cuerpo de la obra su doctrina es sólida, coherente y respetuosa con el texto.

Tratar de hacer observaciones a cada uno de las notas filológicas y del cuerpo de esta obra magna sería presuntuoso e inacabable en el espacio de una resección.

En cuanto a la traducción castellana, sin duda, el traductor ha hecho una labor encomiable. La portada y la contraportada nos han llegado con un lapsus (Barret en vez de Barrett). Anotemos que la expresión de la p.31 (al final), «observaciones y pertinentes», no tiene sentido. Asimismo en la p.34, línea 6, parece faltar alguna línea o algún dato; igualmente en p.71, línea 6, la expresión («y muy recientemente») está fuera de contexto.

Estos y otros insignificantes detalles no oscurecen el inmenso valor tanto de la obra original como de la traducción castellana que presentamos. El estudioso de San Juan dispone ahora en español de un tesoro para profundizar en el testimonio del Discípulo Amado.—DOMINGO MUÑOZ LEÓN.

KRATZ, REINHARD G., *I profeti di Israele (Sintesi)* (Queriniana, Brescia 2006), 159p., ISBN: 978-88-399-2956-3

La centenaria editorial lombarda *Queriniana* ha traducido recientemente al italiano este libro, publicado tres años antes en la ciudad bávara de Munich. Ya en la introducción del mismo, el autor, profesor de Antiguo Testamento en la Universidad de Göttingen, presenta los dos puntos de referencia que presiden todas sus páginas: la distinción entre el profeta histórico y el profeta literario (p.6).

Nueve son los capítulos que estructuran este breve libro. Los cuatro primeros, centrados en torno a interesantes aspectos no estrechamente relacionados con los libros proféticos. Los cuatro siguientes recogen referencias de los libros proféticos, comenzando por Isaías y terminando por Daniel. En el último se abren las perspectivas proféticas veterotestamentarias a los escritos del Nuevo Testamento.